

lor de los héroes enardeciase á medida que se encendia el odio y la implacable saña de los tiranos. Muchos fueron los que con decision é intrepidez asombrosa defendieron los sagrados dogmas del cristianismo en aquellos siglos de encarnizada lucha. Entre estos figura nuestro insigne san Blas, cuya muerte fué tan admirable como su vida, y su celo en sostener los derechos de la verdad no ménos portentoso que su fervor en practicarla.

Bien así como faro luminoso colocado en la eminencia para dirigir el rumbo de los que navegan en procelosos mares, resplandecia nuestro santo obispo por sus virtudes y milagros sobre la cima del monte Argeo, y desde allí encaminaba al puerto de la salvacion eterna á los que en el onduloso océano del mundo vogaban contra los vicios y la seduccion: cuando el Señor satisfecho de su fidelidad y heroicas virtudes, dispuso darle el premio digno de tanta santidad. Empero la corona que le habia decretado estaba reservada para despues de un glorioso combate. Acababa de llegar á la ciudad de Sebaste Agrícola, gobernador de Capadocia y de la Armenia menor, y en cumplimiento de las órdenes del emperador Licinio, expedido habia un decreto para que todos los cristianos acusados de no querer ofrecer incienso á los idolos, fuesen sin demora expuestos á la voracidad de las fieras. Para llevar á cabo este detestable decreto, hízose preciso salir á los bosques á caza de leones, tigres y demas bestias salvajes; y con esta ocasion los ministros del gobernador, circuyendo en torno del monte Argeo, llegaron á la gruta habitada por el santo obispo, á quien no sin el mayor asombro vieron que, en medio de una multitud de fieras, posaba tranquilo en oracion fervorosa. Atónitos con este espectáculo tan sorprendente, no osan acercarse á él; dan cuenta inmediatamente á Agrícola de lo que acaban de presenciar, y este no ménos admirado dispone que Blas sea conducido á su presencia. Intímasele en efecto el mandato del gobernador, y nuestro santo, sin acobardarse por el peligro, sin intimidarse por los tormentos que le esperan, cual si hubiese recibido la nueva mas lisonjera y satisfactoria, levántase al punto y dice á los que le conducian: «Vamos, hijos míos, vamos á «derramar nuestra sangre por nuestro señor Jesucristo. Dios «há que suspiro por el martirio, y esta misma noche me ha «dado á entender el Señor que se dignaba aceptar mi sacrifi-

«cio (1).» ¡Oh Dios de fortaleza! ¡Qué suaves atractivos encierra esa religion que tú fundaste sobre la tierra, pues de este modo hace correr á unos seres naturalmente cobardes y tímidos á los padecimientos y á la muerte! Dulcísimos deben ser los frutos de tu cruz adorable, cuando así se abalanzan tus discípulos á sus raíces amargas y desabridas. Al ver al insigne san Blas caminar con paso acelerado hácia la ciudad de Sebaste, en donde sabía no debia esperar más que crueles tormentos, dolor, amargura y muerte; al considerar que como otro Isaac no bien ha herido sus oídos la orden del cielo que le llama á ofrecerle un sacrificio de alabanza, se apresta desde luego y ni aun á inquirir se detiene la causa de tan inesperado acontecimiento: ¿quién podrá resistirse á reconocer un impulso sobrehumano, una causa independiente de todo lo terreno, un Dios que en la criatura quiere demostrar la grandeza de su fe y lo heroico de su religion?

Así lo reconocieron sin duda los habitantes de Sebaste, cuando tan luego como llegó á su noticia la prision de su santo obispo, abandonan sus hogares, le salen al encuentro, y bien así como las turbas se agrupaban en torno del Salvador cuando entraba en las ciudades de la Judea, rodean á nuestro héroe, se apresuran á pedirle les bendiga, y se digne aliviarles de sus dolencias. Entónces fué cuando presentándosele una madre en el mas extremo desconsuelo, trayendo en sus brazos un hijo casi espirante de resultas de una espina que se le atravesara en la garganta, el santo obispo obró en virtud de su oracion aquella curacion portentosa que ha dado origen á la universal confianza que el cristianismo tiene en la intercesion de este siervo de Jesucristo en las dolencias de esta especie. Entónces... Pero, ¡oh ilustre confesor de Cristo! No me es posible continuar el elogio de tus prodigios. La voz de la fe te llama á dar el testimonio de tu constancia, y yo debo seguir tus pasos hasta el tribunal de Agrícola, en cuya presencia debe decidirse el triunfo de la verdad contra los desmanes del error.

Preséntase en efecto el santo obispo con ánimo resuelto y nada medroso ante el gobernador, quien desde luego le manda que sin dilacion alguna sacrifique á los dioses inmortales. «No

(1) *Croisset. Año cristiano, Vida de san Blas, dia 3 de febrero, página 42. Edic. de Madrid, año 1780.*

es posible, responde san Blas, que yo me resuelva á reconocer por tales á unos seres maléficis, y á unos objetos que solo son obra de las manos de los hombres. No hay mas que un Dios eterno é inmortal á quien de justicia se debe adorar, y á quien pertenece el cielo, la tierra, y cuanto en ellos se contiene. A este es á quien yo reconozco y confieso, y ante cuyas aras ofrezco el sacrificio de alabanza perpetua, y los homenajes de la mas profunda adoracion. » No bien hubo acabado nuestro héroe de proferir estas palabras, cuando fuera de sí el gobernador, le manda apalear; lo cual fué ejecutado con tanta crueldad, que sin una gracia sobrehumana, imposible hubiera sido sobrevivir á este suplicio. Pero san Blas alegre en medio de tan fieros golpes, y lleno del mas indecible consuelo, no cesaba de repetir el nombre de Jesucristo y de publicar sus grandezas. ¿Qué hará pues Agrícola en el despecho que le abrasa? ¿Cargará de hierros los doloridos miembros del impertérrito confesor? ¿Le arrojará en una oscura prision? ¡Mas ah! Los hierros no pueden esclavizar el espíritu; la prision es insuficiente para contener los progresos de la verdad. La fe obra los mas sorprendentes prodigios en aquella mansion horrificca; Jesucristo reporta conquistas admirables por el ministerio de su siervo, y el error avergonzado apela á nuevos medios de atormentar á aquel que entre cadenas se ostenta mas poderoso que las impotentes deidades del paganismo. La sangre del mártir, que fluye en abundancia por todos sus miembros rasgados con inclemencia con uñas aceradas, produce los mas opimos frutos; siete mujeres virtuosas, que hallándose presentes á este tormento recogian aquella sangre venerable, son denunciadas ante el gobernador como cristianas, y su constancia en confesar al Dios á quien el santo obispo adora, las merece la corona del martirio. Crece la rabia del furibundo Agrícola; multiplicanse los tormentos contra el santo mártir; pero todo se convierte en gloria de la religion verdadera, y en testimonios de su divinidad. En vano pues nuestro insigne héroe es arrojado á un profundo lago: el Señor que por su profeta habia prometido á su siervo Israel asistirle en sus peligros, y le dijo: cuando pasares por medio de las aguas estaré contigo y no te arrebatrán sus corrientes (1), realizó estas palabras en su servidor

(1) *Isaia*, c. 43. v. 2.

san Blas, para hacer ostensibles los prodigios de la fe, y acabar de confundir al paganismo. Bien así como si las aguas se hubiesen convertido en una tierra firme y sólida, marchaba por ellas el santo mártir sin hundirse, y desde allí convidaba á los infieles á que hiciesen otro tanto, para probar que sus ídolos eran verdaderas divinidades. No faltó quien osase arrostrar el peligro, llevado de un fanatismo ciego é imprudente; pero la muerte fué el único resultado de su arrojo.

¡Oh Dios de los cristianos! ¡admirable sobremanera te manifiestas en tus escogidos, y tu santidad sin semejante resplandece en las portentosas obras que ellos hacen en tu nombre! ¿Quién pues dejará de reconocer y confesar que no hay otro Dios fuera de ti, que pueda obrar tamaños prodigios? ¡Ah! endurezca en buen hora el corazon de ese nuevo Faraon. Cébase Agrícola en la sangre de su víctima. Muera Blas al golpe del acerado alfanje. Su muerte será siempre un modelo de constancia en defender los sagrados dogmas del cristianismo, y los portentos y maravillas en ella obrados, el origen de una gloria que no podrá arrebatarse el tiempo ni las humanas vicisitudes. Donde quiera se pronunciará con veneracion el nombre del ilustre obispo y mártir de Sebaste, y las generaciones por venir repitiendo el eco de las presentes y pasadas, reconocerán en él un varon santo al par que admirable, cuya vida fué la norma de un perfecto cristiano y de un celoso pastor, y cuya muerte fué el modelo de un defensor invencible de los sagrados dogmas de la religion de Jesucristo. No habrá quien al leer las páginas de su historia deje de exclamar entusiasmado: He ahí un nuevo Elías que durante su vida obró los mayores prodigios, y en su muerte hizo las cosas mas admirables: *In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.*

Efecto es de estos prodigios multiplicados en todas épocas y en todos los lugares, la universal veneracion que se rinde á este insigne obispo y mártir. No solo en la iglesia griega se celebra su festividad, sino que tambien en la latina se ha extendido su devocion hasta en las poblaciones mas insignificantes. Apenas se encuentra ciudad ni aldea, en donde no se le hayan consagrado templos. En los mismos despoblados el viajero extraviado tropieza á cada paso con ermitas dedicadas á su nombre.

Digno eras ¡oh insigne y sin par obispo! de que todo cuanto el orbe cristiano encierra de mas ilustrado y positivamente fiel

á las verdades de la religion católica, te decretase ese culto público y solemne que la iglesia regida y gobernada por el Espíritu santo, autoriza y secunda con sus cánticos y armoniosos conciertos. Gloria pues, loor y bendicion sin fin á aquel Dios omnipotente y santo, que revistiéndote de sus dones, te hizo el modelo y ejemplar de cuantos hoy se reunen para celebrar tu memoria. Plegue al Señor que te imitemos en tu vida pura é intachable, y que como tú sepamos defender las verdades que hemos profesado hasta derramar nuestra sangre si fuere necesario en testimonio de nuestra fe. Consíguenos del Eterno remunerador fidelidad imperturbable en seguir por las sendas que tú nos marcaste, para que como tú seamos tambien coronados en la mansion eterna de la bienaventuranza.

SERMON

DE SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

NOS OFRECE EJEMPLOS DE FE Y DE FORTALEZA, Y NOS PROTEGE
Y AMPARA EN LOS PELIGROS DE ESTA VIDA.

Dilectus Deo et hominibus cujus memoria in benedictione est.
Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria permanece en
bendicion.

Ecclesiast., c. 45. v. 1.

Católicos :

Dice la Sabiduría eterna : que el justo es amado de Dios y de los hombres, y que su memoria permanece en bendicion : que el Señor le hizo semejante á la gloria de los santos, que le engrandeció haciéndole terrible á sus enemigos, y que amansó á los monstruos con sus palabras : que le glorificó á presencia de los reyes, que le dió preceptos á la vista de su pueblo y que le manifestó su gloria. De aquí el asombro y admiracion con que exclamaba el real profeta David cuando decia — *Admirable es Dios en sus santos* — (1). *Admirable*, porque en ellos brillan sus maravillosas perfecciones, su grandeza y su bondad, su justicia y sus misericordias, su poder y su sabiduría, su fuerza y su santidad, su gracia y su providencia. *Admirable* : porque los santos son los modelos y ejemplares de las virtudes que deben formar nuestro adorno, animan nuestra indolencia, sacuden nuestra pereza, hacen inexcusables nuestra cobardía y vanos pretextos, interceden por nosotros y nos enseñan á emplear contra los peligros de esta vida las mismas armas que ellos em-

(1) *Psalm. 67. v. 36.*